

CODIGOS DE ETICA MEDICA ANTIGUOS

CÓDIGO DE HAMMURABI (h. 1753 a.C.)¹

Artículos sobre la profesión médica

215. Si un médico ha llevado a cabo una operación de importancia en un señor con una lanceta de bronce y ha curado a ese señor o (si) ha abierto la cuenca del ojo de un señor con la lanceta de bronce y ha curado el ojo de ese señor, recibirá diez siclos de plata.

216. Si es (practicada en) un hijo de un subalterno, recibirá cinco siclos de plata.

217. Si es (practicada en) un esclavo de un señor, el propietario del esclavo dará dos siclos de plata al médico.

218. Si un médico ha llevado a cabo una operación de importancia en un señor con una lanceta de bronce y ha causado la muerte de ese señor o (si) ha abierto la cuenca del ojo de un señor con la lanceta de bronce y ha destruido el ojo de ese señor, se le amputará la mano.

219. Si un médico ha llevado a cabo una operación de importancia en el esclavo de un subalterno con una lanceta y le ha causado la muerte, entregará esclavo por esclavo.

220. Si ha abierto la cuenca de su ojo con una lanceta de bronce y ha destruido su ojo pesará plata por la mitad de su precio.

221. Si un médico ha compuesto el hueso de un señor o le ha curado un músculo enfermo, el paciente dará al médico cinco siclos de plata.

222. Si es a un hijo de subalterno le dará tres siclos de plata.

223. Si es a un esclavo de un particular el propietario del esclavo dará al médico dos siclos de plata.

¹ El código babilónico consta, en su totalidad, de un prólogo y 282 artículos o leyes diversas. Los nueve artículos citados constituyen algunos referidos a honorarios y penalizaciones de los médicos. Seguimos la versión castellana de Federico Lara Peinado en su edición del "Código de Hammurabi" (Madrid, Editora Nacional, 1982). Citado por Mainetti, J. Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

PLEGARIA DE MURSILI II POR LA PESTE (h. 1330 a.C.)²

¡Dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, y vosotros, dioses de Hatti, mis señores, Mursili, el gran rey, vuestro siervo, ¡me envía! Ve y dile al dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, y a los dioses, mis señores, lo siguiente:

¿Qué es lo que habéis hecho? Habéis dejado entrar una plaga en el país. El país de Hatti se ve cruelmente afligido por la plaga. Desde hace veinte años han ido muriendo hombres en los días de mi padre, en los días de mi hermano y en los míos propios, desde que llegué a ser sacerdote de los dioses. Cuando los hombres están muriendo en el país de Hatti y la plaga no ha desaparecido de ningún modo del país de Hatti, yo no puedo sufrir más la agonía de mi corazón y no puedo sufrir más la angustia de mi alma.

Cuando celebré fiestas, reverencí a todos los dioses; no preferí un templo a otro. La cuestión de la plaga la he incluido en mis plegarias ante todos los dioses, haciéndoles voto: "Oídmeme, mis dioses, mis señores: ¡Arrojad la plaga fuera del país de Hatti!. La razón por la que el pueblo está muriendo en el país de Hatti, o bien determinada por un agujero, o bien haced que yo la vea en un sueño, o bien que la declare un profeta".

Pero los dioses no me prestan oídos y la plaga no amaina en el país de Hatti. El país de Hatti se ve cruelmente afligido.

Las pocas personas que siguen ofreciendo pan grueso y libaciones están muriendo también. La situación me abruma. Así que hice la ira de los dioses el motivo de un oráculo. Aprendí de dos antiguas tablillas: la primera tablilla trataba de las ofrendas al río Mala. Los antiguos reyes habían consagrado regularmente ofrendas al río Mala. Pero ahora una plaga se desencadena en el país de Hatti desde los días de mi padre, y no hemos consagrado ofrendas al río Mala.

La segunda tablilla se refería a Kurustama. Cuando el dios de la Tempestad de Hatti había enviado al pueblo de Kurustama al país de Egipto y había concertado un tratado entre ellos y los de Hatti, de modo que se hallaban sometidos por juramento al dios de la Tempestad de Hatti, aunque los de Hatti, así como los egipcios se hallaban sometidos por juramento al dios de la Tempestad de Hatti, los de Hatti ignoraron sus obligaciones; los de Hatti rompieron muy pronto el juramento de los dioses. Mi padre envió soldados de a pie y conductores de carro que atacaron el país de Amka, territorio egipcio. De nuevo envió tropas y de nuevo los atacó. Cuando los egipcios se espantaron, solicitaron a mi padre uno de sus hijos para el reino. Pero cuando mi padre les envió uno de sus hijos, lo mataron y lo llevaron allí. Mi padre se encolerizó, emprendió guerra contra Egipto y atacó Egipto. Aniquiló a los soldados de a pie y a los conductores de carros del país de Egipto. El dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, permitió entonces por su decisión que mi padre triunfara. Y venció y subyugó a los soldados de a pie y a los conductores de carro del país de Egipto. Pero cuando traían al país de Hatti los prisioneros que habían capturado, se declaró la plaga entre los prisioneros y comenzaron a morir.

Cuando trasladaron a los prisioneros al país de Hatti, estos prisioneros trajeron la plaga al país de Hatti. Desde ese día, el pueblo muere en el país de Hatti. Ahora, cuando he encontrado esta tablilla que trata del país de Egipto, he hecho de ella el motivo de un oráculo del dios: "Los pactos que se hicieron por el dios de la Tempestad de Hatti, a

² Tomado de la edición de "Textos literarios hititas" preparada por Alberto Bernabé (Madrid, Editora Nacional, 1979). La "plegaria de Mursili II por la peste" es un acabado ejemplo de la antigua e influyente concepción de la enfermedad como castigo y de la creencia hitita en la reparación moral que debía hacer el soberano sobre la pena caída sobre el pueblo entero. Citado por Mainetti, J. Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

saber, que los egipcios y los de Hatti se hallaban sometidos por igual juramento al dios de la Tempestad de Hatti, que las esfinges estarían presentes en el templo del dios de la Tempestad de Hatti y que los de Hatti rompieron enseguida su palabra, ¿han sido quizá la causa de la ira del dios de la Tempestad de Hatti, mi señor?", y así se determinó.

Con motivo de la plaga, le consagramos ofrenda al río Mala, motivo también de un oráculo. También en este asunto se determinó que debía responder por mí mismo ante el dios de la Tempestad de Hatti.

¡Ved, pues! He admitido mi culpa ante el dios de la Tempestad: "Así es, lo hemos hecho". Tengo por cierto que la ofensa no se cometió en mis días, sino que se cometió en los días de mi padre (...). Pero, puesto que el dios de la tempestad de Hatti está encolerizado por esta razón y el pueblo está muriendo en el país de Hatti, he consagrado las ofrendas al dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, por este motivo.

¡Puesto que me humillo y clamo piedad, óyeme, dios de la Tempestad de Hatti, mi señor!
¡Que la plaga cese en el país de Hatti!

Las causas de la plaga, que se habían determinado cuando hice a la cuestión motivo de una serie de oráculos, las he obviado. He hecho una amplia restitución. Sobre la cuestión del juramento que se había determinado en relación con la plaga, he consagrado ofrendas por estos juramentos al dios de la Tempestad de Hatti, mi señor. También se las he consagrado a otros dioses. Las ofrendas te han sido consagradas, dios de la Tempestad de Hatti. Las ofrendas les han sido consagradas también a ellos. En cuanto a las ofrendas al río Mala que se determinaron en relación con la plaga, mira, me hallo ahora ante el río Mala. ¡Exímeme de esta ofrenda al río Mala, dios de la Tempestad de Hatti, y vosotros, dioses, mis señores! Prometo hacer la ofrenda al río Mala, prometo completarla de forma apropiada. En cuanto a la razón por la que la hago, dioses, mis señores, tened piedad de mí, y que la plaga amaine en el país de Hatti.

Dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, y vosotros, dioses, mis señores. Así sucede: que se peca. Mi padre pecó y transgredió la palabra del dios de la Tempestad de Hatti, mi señor. Pero yo no he pecado en modo alguno. Pero así sucede: que el pecado del padre cae sobre el hijo. Así, el pecado de mi padre ha caído sobre mí. Ahora he confesado ante el dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, y ante los dioses, mis señores: 'Es verdad, lo hemos hecho'. Y puesto que he confesado el pecado de mi padre, que el alma del dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, y la de los dioses, mis señores, se apacigüe. ¡Apiadaos de mí y apartad la plaga del país de Hatti! ¡No permitáis que mueran los pocos que aún siguen ofreciendo pan grueso y libaciones!

¡Ved! He remitido la cuestión de la plaga ante el dios de la Tempestad de Hatti. ¡Oyeme, dios de la tempestad de Hatti, y salva mi vida! Tengo que recordarte una cosa: el pájaro busca refugio en la jaula, y la jaula salva su vida. Más aún, si algo abrume a un siervo, él presenta su alegato ante su señor. Su señor lo oye y se apiada de él. Sea lo que fuere lo que lo abrume, lo arregla. Es más: si el siervo incurre en una falta, pero confiesa su falta a su señor, su señor puede hacer con él lo que le plazca. Pero, puesto que ha confesado su falta a su señor, el alma de su señor se aplaca y el señor no castiga a este siervo. Yo he confesado ahora el pecado de mi padre; así sucede, lo he hecho. Si tiene que haber restitución, parece claro que con todos los dones que he concedido ya a causa de esta plaga, con todos los prisioneros que he devuelto a su hogar, en resumen, con toda la restitución que ha hecho Hattusas a causa de la plaga, ha hecho su restitución veinte veces. Y aún el alma del dios de la Tempestad, mi señor, y la de los demás dioses, mis señores, no se ha aplacado. Pero si pedís de mí alguna restitución más, decídmelo en un sueño y os lo proporcionaré.

¡Mira! Te estoy suplicando, dios de la Tempestad de Hatti, mi señor. ¡Salva mi vida! Si es por las razones que he dicho por las que el pueblo está muriendo, tan pronto como las arregle, que los que aún están en disposición de ofrecer pan grueso y libación no sigan muriendo. Si, por otra parte, el pueblo está muriendo por alguna otra razón, que yo lo vea en un sueño, que lo encuentre por un oráculo o que un profeta lo declare, o que todos los sacerdotes hallen por incubación todo lo que les sugiero.

Dios de la Tempestad de Hatti, ¡salva mi vida! ¡Que los dioses, mis señores, prueben su divino poder! ¡Que alguien lo vea en un sueño! ¡Cualquiera que sea la razón por la que el pueblo está muriendo, que se encuentre! (...)

Dios de la Tempestad de Hatti, mi señor, ¡salva mi vida! ¡Que amaine la plaga en el país de Hatti!

SOBRE EL MEDICO (h. 1 a.m. s. III a. C.)

El prestigio del médico exige de él que tenga buen color y un aspecto sano acorde con su propia naturaleza. Pues el común de la gente opina que los que carecen de esa condición física no pueden tratar convenientemente a los demás. En segundo lugar, que presente un aspecto aseado, vaya bien vestido y se perfume con ungüentos olorosos, con un perfume que no sea en modo alguno sospechoso. Esto, en verdad, complace mucho a los enfermos.

Por otra parte, el discreto debe atender, en el aspecto moral, a las siguientes actitudes: no sólo ser reservada, sino llevar una vida morigerada, pues ello contribuye mucho a su prestigio. Ser, además, un perfecto caballero en su comportamiento, y, por ende, mostrarse grave y afable con todo el mundo. Pues la ligereza y la precipitación, aunque a veces pueden resultar útiles, suelen provocar el menosprecio. Debe procurar, además, tener libertad de acción, pues cuando las mismas cosas se ofrecen raramente a las mismas personas, suele producirse una reacción favorable.

En lo que concierne al semblante, que su rostro muestre seriedad, aunque no un aire desabrido, pues este gesto suele interpretarse como arrogancia y descortesía. En cambio, el que es propenso a la risa y a mostrar excesiva hilaridad suele ser juzgado como un hombre vulgar. Y ese defecto debe evitarse al máximo.

En todo trato, debe mostrarse leal, pues la lealtad puede ser un gran aliado. Es grande la intimidad entre médico y paciente; y, en efecto, éste se le confía ciegamente, en tanto que aquél tiene constante relación con mujeres y doncellas, y con objetos de mucho valor, por tanto, debe comportarse en todos estos casos con un gran control de sí mismo.

Tales deben ser, en resumen, sus cualidades físicas y morales.

HONRA AL MEDICO

(Antiguo Testamento) h. 200 a. C.

Honra al médico por cuanto tienes necesidad de él; pues a él también lo instituyó Dios.

De Dios procede la habilidad del médico, y del rey recibe obsequios.

La ciencia del médico le eleva, y se mantiene delante de los nobles.

Dios ha sacado de la tierra los remedios y un hombre inteligente no los rechazará.

¿No se endulzaron las aguas por un madero para dar a conocer a todo hombre su potencia?

Y Él ha dado al hombre el conocimiento para que se glorifique en sus poderosas obras.

Con ellas el médico aplaca el dolor; asimismo, el boticario prepara sus drogas; de suerte que la obra de Él no termina, ni el sano vivir desaparece de la faz de la tierra.

Hijo, en la enfermedad no te impacientes; pero ruega a Dios, que Él te curará.

Aléjate de la falta y de la parcialidad, y de todo pecado limpia el corazón,

Ofrece el incienso y la oblación con el memorial, y haz sacrificios tan pingues como lo permita tu fortuna.

Mas da también lugar al médico y no se aparte de ti, pues también él te es necesario.

Hay un tiempo en que el éxito está en sus manos, pues también él rogará a Dios, para que le conceda lograr el examen del enfermo y el remedio para su restablecimiento.

¡Quien peca ante su Hacedor sea abandonado a manos de médicos!

JURAMENTO DE INICIACION³

Caraka Samhita (¿Siglo I d.C.?)

El maestro debe entonces instruir al discípulo ante la presencia del fuego sagrado, Brahmanas (Brahmins) y los médicos.

(Adagio) "Vivirás la vida de un célibe, dejarás crecer tu cabello y tu barba, hablarás sólo la verdad, no comerás carne, comerás únicamente comida pura, estarás libre de envidia y no portarás armas.

No habrá nada que tú no hagas ante mi requerimiento, a excepción de odiar al rey, causar la muerte de otro, o cometer un tremendo acto de injusticia o actos que provoquen calamidad.

Dedicarás tu vida a mí y me verás como a tu jefe. Estarás sujeto a mí y por siempre actuarás en pos de mi bienestar y placer. Servirás y vivirás conmigo como un hijo o un esclavo o un suplicante. Te comportarás y actuarás sin arrogancia, con cuidado y atención, y mente ajena, humildad, reflexión constante y obediencia silente. Al actuar, por orden mía o por otra razón, lo harás para conseguir los propósitos de tu maestro solamente, ejercitando lo mejor de tus habilidades.

Si deseas para ti el éxito, la fortuna y la fama como médico y el cielo después de muerto, deberás orar por el bienestar de todas las criaturas comenzando por las vacas y Brahrnanas.

Noche y día, cualquiera sea la forma en que te veas comprometido, te esforzarás por aliviar al paciente con todo tu corazón y con toda tu alma. No desertarás o lastimarás al paciente en nombre de tu vida o tu pasar. No cometerás adulterio, ni con el pensamiento. Más aún, no codiciarás lo ajeno. Deberás ser modesto en tu atuendo y apariencia. No serás un ebrio o un hombre pecador ni deberás asociarte con instigadores de crímenes. Hablarás con palabras gentiles, puras y correctas, placenteras, valiosas, verdaderas, sanas y moderadas. Tu comportamiento debe ser acorde al tiempo y al lugar, y atento a la experiencia pasada. Actuarás siempre con vistas a la adquisición de conocimiento y la plenitud de habilidad.

Ninguna persona, que sea odiada por el rey o que aborrezca al rey, o que sea aborrecida por el público o que odie al público, recibirá tratamiento. Igualmente, aquellos que sean extremadamente anormales, malvados, y de conducta y carácter miserables, aquellos que no hubiesen reivindicado su honor, aquellos que estén a punto de morir, lo mismo que las mujeres desatendidas por sus maridos o guardianes, no recibirán tratamiento.

No aceptarás ofrendas de mujer alguna que no haya sido autorizada por su marido o guardián. Al entrar a la casa de un paciente, lo harás acompañado de un hombre conocido por éste y que tenga su permiso para entrar bien vestido, con la cabeza inclinada, seguro de ti mismo, accederás solamente luego de repetidas consideraciones. Harás, de esta manera, tu entrada apropiadamente. Una vez en el interior, tu discurso, tu mente, tu intelecto y tus sentidos se abocarán a ningún otro pensamiento más que al de ser útil al paciente y a las cosas relacionadas a ello. Las costumbres hogareñas del paciente no deberán hacerse públicas. Aún sabiendo que el tiempo de vida del paciente es corto, no lo mencionarás allí, pues de hacerlo causarás conmoción al paciente o a otros. Aunque poseedor del conocimiento, uno no debe alardear demasiado de ello. La

³ Fuenzalida, H. y Scholle, S. (eds.) *The Right to Health in the Americas. A Comparative Constitutional Study*, Washington, Pan American Health Organization, Scientific Publication N° 509, 1989. Citado por Mainetti, J. *Ética Médica. Introducción histórica*, con *Documentos de Deontología Médica* por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

mayoría de la gente se ofende aún ante la jactancia de aquellos que en otras ocasiones son buenos y con autoridad.

No hay límite para la Ciencia de la Vida, la Medicina. Por eso, debes aplicarte a ella con diligencia. Así debes actuar. También debes aprender de otro la habilidad de la práctica sin criticar. El mundo entero es el maestro, para los inteligentes, y el enemigo, para los no inteligentes. Sabiendo esto bien, escucharás y actuarás de acuerdo a las palabras instructivas aún de alguien poco amistoso, cuando sus palabras sean valiosas y de la clase que te brindarán fama, larga vida, fuerza y prosperidad".

Después el maestro debe decir: 'Te conducirás con propiedad ante los dioses, el fuego sagrado, Brahmanas, el guru, los ancianos, los sabios y los preceptores. Si te has conducido bien con ellos, te serán favorables las piedras preciosas, los granos y los dioses. Si actúas de otro modo, se volverán contra tí". Al maestro que así ha hablado, el discípulo debe responder "Amén". (Traducción castellana de Liliana Barletta)

PURIFICACION DEL LEPROSO⁴

"La Misná" (Compilada h. s. II)

1. ¿De qué manera se hacía la purificación del leproso? (El leproso) traía un cuenco nuevo de arcilla, vertía, en su interior, un cuarto de log de agua de manantial y traía dos pájaros que habían estado viviendo hasta entonces en libertad. (El sacerdote) inmolaba uno de ellos sobre el cuenco de arcilla y sobre el agua de manantial, cavaba una hoyo y lo enterraba allí. Cogía luego madera de cedro, hisopo y lana carmesí de púrpura, los envolvía luego con los extremos sobrantes de la tira (de lana); acercaba después a ellos los extremos de las alas y la punta de la cola del segundo pájaro, los inmergía y asperjaba siete veces el dorso de la mano del leproso. Según otros, (asperjaba siete veces) su frente. De igual modo asperjaba desde fuera el dintel de la casa.

2. Luego se iba a soltar el pájaro vivo, sin que volviera su rostro hacia el mar, o hacia la ciudad, o hacia el desierto, ya que está escrito: el ave viva la soltará en el campo, fuera de la ciudad. Luego volvía para cortar la cabellera del leproso. Después él pasaba la navaja por toda su piel, lavaba sus ropas y se sumergía. Entonces quedaba sin que contaminase entrando en la casa, pero sí contaminaba como un reptil. Podía entrar dentro del muro de la ciudad, pero debía permanecer todavía siete días fuera de casa y le estaba prohibida la unión sexual.

3. A los siete días se le cortaba de nuevo el cabello como la primera vez, lavaba sus ropas y se inmergía. Entonces quedaba puro, sin que contaminase como un reptil, aunque era como quien había hecho la inmersión en el mismo día. Podía comer (del segundo) diezmo. Una vez puesto el sol podía comer de la ofrenda. Una vez ofrecido su sacrificio de expiación podía comer de las cosas santas. Resultaba, pues, que se daban tres grados de purificación en el que había sido leproso y tres grados de purificación asimismo en la mujer que había dado a luz.

4. Tres tipos de personas han de cortarse el pelo, y ese corte de pelo es una obligación religiosa: el nazir, el leproso y el levita. Cualquiera de éstos que no cortara el pelo con navaja o que dejara simplemente dos pelos no cumplía con su obligación.

5. Respecto a las aves (del sacrificio), estaba ordenado que fueran iguales en apariencia, en tamaño y en precio, y que hubieran sido compradas simultáneamente. Pero aunque no eran iguales son válidas. Si compró una un día y otra al día siguiente, son válidas. Si inmoló una de ellas y resulta que es un ave que no ha estado viviendo en libertad, se adquiere otra pareja para la segunda ave. La primera entonces queda permitida para comida. Si la inmoló y resulta ser un ave despedazada, se adquiere otra pareja para la segunda ave. La primera entonces queda permitida para sacar provecho de ella. Si la sangre (de la primera ave) ha sido derramada, ha de morir el ave que había de ser dejada libre. Pero si muere el ave que había de ser dejada en libertad, ha de ser derramada la sangre (de la otra ave).

6. El precepto respecto a la madera de cedro es que ésta tenga una longitud de un codo y que su grosor sea el cuarto de la anchura del pie de una cama, es decir, como si se dividiera (un pie) en dos partes y las dos partes en cuatro. El precepto respecto al hisopo es que no sea un hisopo griego, ni un hisopo azulado, ni un hisopo romano, ni un hisopo del desierto, ni un hisopo que tenga algún nombre adicional.

⁴ Heuder, A. y Van Geuns, H.: *Códigos de Ética Profesional*, Londres, Amnistía Internacional, 1979. Citado por Mainetti, J. *Ética Médica. Introducción histórica*, con *Documentos de Deontología Médica* por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

7. El día octavo traía tres animales; un sacrificio expiatorio, un sacrificio por la culpa y un holocausto. El pobre, en cambio, traía un ave como sacrificio expiatorio y otra ave como holocausto.

8. Se acercaba junto al sacrificio por la culpa e imponía sus manos sobre la víctima. (El sacerdote o un israelita) lo inmolaba y dos sacerdotes recogían su sangre, uno en un cuenco y el otro en la mano. El que la recibía en el cuenco iba y la asperjaba sobre la pared del altar. El que la recibía en la mano se iba junto al leproso. El leproso hacía la inmersión en (la piscina) de la estancia de los leprosos, se venía y permanecía en pie en la puerta de Nicanor. R. Yehudá afirma que no necesitaba hacer ningún baño de inmersión.

9. (El leproso) introducía su cabeza (dentro del atrio del templo) y el sacerdote ponía (un poco de sangre) en la ternilla de su oreja, después introducía la mano y el sacerdote le untaba el pulgar, introducía el pie y le untaba el dedo gordo del pie. R. Yehudá dice que introducía los tres miembros simultáneamente. Si carecía de pulgar o de dedo gordo en el pie o de oreja derecha, no podía volver a ser puro. R. Eliezer, en cambio, afirma que se debía untar las partes correspondientes (del cuerpo). R. Simeón sostiene que, si se untaban los miembros de la parte izquierda, se cumplía con la obligación.

10. (El sacerdote) cogía el cuarto de log de aceite y lo vertía en la mano de otro (sacerdote). Pero si lo vertía en su propia mano cumplía con el precepto. Inmergía (su dedo en el aceite) y asperjaba siete veces en dirección al Santísimo, inmergiendo (el dedo) en cada una de las aspersiones. Luego se iba junto al leproso y en los lugares donde había puesto sangre ponía aceite, porque está escrito: en el lugar donde había untado con la sangre de la víctima. El resto del aceite que quede en la mano del sacerdote lo derramará sobre la cabeza del purificado para que sirva de expiación. Si lo ha derramado, ha expiado; si no lo ha derramado, no ha expiado. Esto es enseñanza de R. Aquiba. R. Yojanán ben Nurí dice: esto no es más que un resto del precepto, de ahí que ya se derrame o no se derrame, ha expiado; pero se le computa como si no hubiera expiado. Si el log es incompleto antes de ser derramado, puede ser completado; después de ser derramado, ha de ser ofrecido otro de nuevo. Tal es la opinión de R. Aquiba. R. Simeón enseña que si el log es hallado defectivo antes de untar con él (los miembros del leproso), ha de ser completado; en caso de ser hallado defectivo después de haber realizado la unción, ha de ser traído otro de nuevo.

11. Si un leproso ofreció su sacrificio como pobre y en el entretanto se ha hecho rico, o como rico y en el entretanto se ha hecho pobre, todo se regula por el sacrificio expiatorio. Esta es la opinión de R. Simeón. R. Yehudá, en cambio, afirma que se ha de regular todo según el sacrificio de la culpa.

12. Si un leproso pobre ofrece un sacrificio de rico, cumple con su obligación. Sin embargo, si un leproso rico ofrece un sacrificio de pobre, no cumple con su obligación. Un hombre puede ofrecer un sacrificio de pobre por su hijo o por su hija, o por su siervo o por su sierva, y posibilitarles de ese modo comer de los sacrificios de animales. R. Yehudá dice que debe ofrecer un sacrificio de rico por su mujer y de igual modo por todo sacrificio a la que ella estuviera obligada.

13. Si los sacrificios de dos leprosos se entremezclan y uno de ellos ha ofrecido un sacrificio, que es el de uno de los dos, y el otro muere, es sobre esto sobre lo que consultó la gente de Alejandría a R. Josué. El les dijo: ha de asignar sus bienes a otra persona y ofrece un sacrificio de pobre.

LOS CONSEJOS DE ESCULAPIO (¿S. II?)⁵

"¿Quieres ser médico, hijo mío? Aspiración es ésta de un alma generosa, de un espíritu ávido de ciencia. ¿Deseas que los hombres te tengan por un Dios que alivia sus males y ahuyenta de ellos el espanto?

¿Has pensado bien en lo que ha de ser tu vida? Tendrás que renunciar a la vida privada; mientras la mayoría de los ciudadanos pueden, terminada su tarea, aislarse lejos de los importunos, tu puerta quedará siempre abierta a todos; a toda hora del día o de la noche vendrán a turbar tu descanso, tus placeres, tu meditación; ya no tendrás horas que dedicar a tu familia, a la amistad o al estudio; ya no te pertenecerás.

Los pobres, acostumbrados a padecer, no te llamarán sino en caso de urgencia; pero los ricos te tratarán como a un esclavo encargado de remediar sus excesos: sea porque tengan una indigestión, sea porque están acatarrados; harán que te despierten a toda prisa tan pronto como sientan la menor inquietud, pues estiman en muchísimo su persona. Habrás de mostrar interés por los detalles más vulgares de su existencia, decidir si han de comer ternera o cordero, si han de andar de tal o cual modo cuando se pasean. No podrás ir al teatro, ni estar enfermo; tendrás que estar siempre listo para acudir tan pronto como te llame tu amo.

Eras severo en la elección de tus amigos; buscabas la sociedad de los hombres de talento, de artistas, de almas delicadas: en adelante, no podrás desechar a los fastidiosos, a los escasos de inteligencia, a los despreciables. El malhechor tendrá tanto derecho a tu asistencia como el hombre honrado: prolongarás vidas nefastas, y el secreto de tu profesión te prohibirá impedir crímenes de los que serás testigo.

Tienes fe en tu trabajo para conquistarte una reputación: ten presente que te juzgarán, no por tu ciencia, sino por las casualidades del destino, por el corte de tu capa, por la apariencia de tu casa, por el número de tus criados, por la atención que dediques a las charlas y a los gustos de tu clientela. Los habrá que desconfiarán de ti si no gastas barba, otros, si no vienes de Asia; otros, si crees en los dioses; otros, si no crees en ellos.

Te gusta la sencillez; habrás de adoptar la actitud de un augur. Eres activo, sabes lo que vale el tiempo: no habrás de manifestar fastidio ni impaciencia; tendrás que soportar relatos que arranquen del principio de los tiempos para explicarte un cólico; ociosos te consultarán por el solo placer de charlar. Serás el vertedero de sus nimias vanidades.

Sientes pasión por la verdad, ya no podrás decirla. Tendrás que ocultar a algunos la gravedad de su mal; a otros su insignificancia, pues les molestaría. Habrás de ocultar secretos que posees, consentir en parecer burlado, ignorante, cómplice.

Aunque la Medicina es una ciencia oscura, a la cual los esfuerzos de sus fieles va iluminando de siglo en siglo, no te será permitido dudar nunca, so pena de perder todo crédito. Si no afirmas que conoces la naturaleza de la enfermedad, que posees un remedio infalible para curarla, el vulgo irá a charlatanes que venden la mentira que necesita.

No cuentes con agradecimiento: cuando el enfermo sana, la curación es debida a su robustez; si muere, tú eres el que lo ha matado. Mientras está en peligro, te trata como a un dios, te suplica, te promete, te colma de halagos; No bien está en convalecencia,

⁵ Sobre el oscuro origen de este difundido texto tomado de la versión ofrecida por Augusto León Cedini ("Ética en Medicina", Editorial Científico Médica, Barcelona, 1973), poco puede decirse. Pero, por sus características habría que situarlo, sin duda, a fines de la Antigüedad y, más precisamente, en el período helenístico-romano (s. I ó II). Citado por Mainetti, J. Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

ya le estorbas; cuando se trata de pagar los cuidados que le has prodigado se enfada y te denigra. Cuanto más egoístas son los hombres, más solicitud exigen.

No cuentes con que ese oficio tan penoso te haga rico. Te lo he dicho: es un sacerdocio, y no será decente que produjera ganancias como las que saca un aceitero o el que venda lana. Te compadezco si sientes afán por la belleza: verás lo más feo y repugnante que hay en la especie humana, todos tus sentidos serán maltratados. Habrás de pegar tu oído contra el sudor de pechos sucios, respirar el olor de miserias viviendas, los perfumes harto subidos de las cortesanas, palpar tumores, curar llagas verdes de pus, contemplar los orines, escudriñar los esputos, fijar tu mirada y tu olfato en inmundicias, meter el dedo en muchos sitios. Cuántas veces, en día hermoso, soleado y perfumado, al salir de un banquete o de una pieza de Sófocles, te llamarán por un hombre que, molestado por dolores de vientre, te presentará un bacín nauseabundo, diciéndote, satisfecho: gracias a que he tenido la precaución de no tirarlo. Recuerda, entonces, que habrá de parecerte interesante aquella deyección.

Hasta la belleza misma de las mujeres, consuelo del hombre, se desvanecerá para tí. Las verás por la mañana desgredadas, desencajadas, desprovistas de sus bellos colores, y olvidando sobre los muebles parte de sus atractivos. Cesarán de ser diosas para convertirse en pobres seres afligidos de miserias sin gracia. Sentirás por ellas menos deseos que compasión.

¡Cuántas veces te asustarás al ver un cocodrilo adormecido en el fondo de la fuente de los placeres!

Tu oficio será para ti una túnica de Neso. En la calle, en los banquetes, en el teatro, en tu cama misma, los desconocidos, tus amigos, tus allegados, te hablarán de sus males para pedirte un remedio. El mundo te parecerá un vasto hospital, una asamblea de individuos que se quejan. Tu vida transcurrirá en la sombra de la muerte, entre el dolor de los cuerpos y de las almas, de los duelos y de la hipocresía, que calcula a la cabecera de los agonizantes.

Te será difícil conservar una visión consoladora del mundo. Descubrirás tanta fealdad bajo las más bellas apariencias, que toda confianza en la vida se derrumbará, y todo goce será emponzoñado. La raza humana es un Prometeo desgarrado por buitres.

Te verás solo en tus tristezas, solo en tus estudios, solo en medio del egoísmo humano. Ni siquiera encontrarás apoyo entre los médicos que se hacen sorda guerra por interés o por orgullo. La conciencia de aliviar males te sostendrá en tus fatigas; pero dudarás si es acertado hacer que sigan viviendo hombres atacados de un mal incurable, niños enfermizos que ninguna probabilidad tienen de ser felices y que transmitirán su triste vida a seres que serán más miserables aún. Cuando, a costa de muchos esfuerzos, hayas prolongado la existencia de algunos ancianos o de niños deformes, vendrá una guerra que destruirá lo más sano y robusto que hay en la ciudad. Entonces te encargarán que separes los débiles de los fuertes, para salvar a débiles y enviar a los fuertes a la muerte.

Piénsalo bien mientras estás a tiempo. Pero si, indiferente a la fortuna, a los placeres, a la ingratitud, si sabiendo que te verás solo entre las fieras humanas, tienes un alma lo bastante estoica para satisfacerse con el deber cumplido sin ilusiones; si te juzgas pagado lo bastante con la dicha de una madre, con una cara que sonríe porque ya no padece, con la paz de un moribundo a quien ocultas la llegada de la muerte; si ansías conocer al hombre, penetrar todo lo trágico de su destino, hazte médico, hijo mío".

EL JURAMENTO DE ASAPH (¿s. VI?)⁶

"Y éste fue el juramento administrado por Asaph, el hijo de Berachyahu, y por Jochanan, el hijo de Zabda, a sus discípulos; y ellos lo ordenaron en estas palabras: Tened cuidado de no matar a ningún hombre con la savia de una raíz; y no daréis poción alguna a mujer embarazada por adulterio para hacerla abortar, y no desearéis a las mujeres hermosas para cometer adulterio; y no revelaréis secretos que os hayan sido confiados; y no aceptaréis soborno para hacer el mal ni para matar, y no endureceréis vuestros corazones en contra de los pobres y los necesitados, sino que los sanaréis; y no llamaréis al bien mal ni al mal bien; y no ejerceréis brujerías, ni encantos, ni maleficios para intentar separar a un hombre del seno de su mujer o a una mujer del esposo de su juventud. Y no codiciaréis riquezas o sobornos para inducir al depravado comercio sexual.

Y no haréis uso en ninguna forma de ídolos para curar de tal modo, ni confiaréis en los poderes curativos de ninguna forma de su culto. Deberéis detestar y abominar y odiar a todos los creyentes en ellos y a aquellos que en ellos confían y hacen que otros crean también, porque todos ellos no son más que vanidad y no son útiles puesto que no poseen valor alguno; y son diabólicos. Sus propios esqueletos no los pueden salvar. ¿Cómo entonces podrán salvar a los vivos?

Y ahora, poned vuestra fe en el Señor vuestro Dios, el Dios de la verdad, el Dios viviente, porque Él puede matar o hacer vivir, herir o curar. Él enseña al hombre a entender y a hacer el bien. Él hiere directamente, con virtud y justicia y cura con misericordia y amor. Ninguna idea astuta le puede ser ocultada porque nada hay oculto para Él.

Él crea las plantas curativas e implanta en el corazón de los sabios habilidad para curar por medios de sus múltiples misericordias y declara maravillas a las multitudes para que todos los vivos sepan que Él les hizo y que fuera de Él nadie puede salvar. Porque la gente cree en sus ídolos para socorrerlos en sus aflicciones, pero ellos no la salvarán de sus penas si su esperanza y su confianza están en los muertos. Por lo tanto es conveniente que os mantengáis separados de ellos y lejos de todas las abominaciones de sus ídolos y que os abráis paso hacia el Señor, Dios de toda carne. Toda criatura está en Sus manos para morir o para vivir y nadie puede huir de su mano.

Y estad atentos a Él en todo momento y buscadlo en la verdad, en la rectitud y en la honradez para que prosperéis en todo lo que hagáis; entonces Él hará que adelantéis y seréis alabados por todos los hombres. Y la gente dejará sus dioses y sus ídolos y deseará servir al Señor al igual que vosotros pues se darán cuenta que habían confiado en una cosa sin valor y que su trabajo era en vano. De otro modo cuando clamen hacia el Señor, Él no los salvará.

En cuanto a vosotros, sed fuertes y no dejéis que vuestras manos aflojen porque habrá una recompensa para vuestros esfuerzos. Dios está con vosotros cuando vosotros estáis con Él. Si mantenéis Su pacto y seguís Sus leyes y penetráis en ellas, seréis santos a los ojos de los hombres y ellos dirán: Felices aquellos hombres que se hallan en esta posición: felices aquellos hombres para quienes Dios es Su Señor. Y sus discípulos les contestaron y dijeron: Todo aquello que nos habéis enseñado y mandado, todo eso haremos pues es un mandamiento de la Torah y nos corresponde actuar con todo nuestro corazón y toda nuestra alma y toda nuestra fuerza; hacer y obedecer y no voltear hacia la mano derecha o hacia la izquierda, y los bendijeron en el nombre del Más Alto,

⁶ Texto hebreo de fecha incierta -siglos III a VII d.C.-, escrito por el médico Asaph Judeo y que sirvió, como el Juramento hipocrático, para consagrar la graduación de los estudiantes de medicina. Versión castellana de Esther Sabal de Reyes. Citado por Mainetti, J. Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

del Señor del Cielo y de la Tierra. Y los amonestaron nuevamente y les dijeron: Mirad, Dios el Señor y Sus santos y su Torah serán testigos de que le temeréis y obedeceréis Sus mandamientos y no os desviaréis de ellos pero los seguiréis con rectitud. No os inclinéis hacia la ambición y no ayudéis al malvado, ni derraméis sangre inocente. Tampoco confeccionaréis veneno para ser usado por hombre o mujer para matar con ellos; ni revelaréis cuales raíces son venenosas ni las daréis a hombre alguno o haréis mal con ellas. No causaréis el derramamiento de sangre en ninguna forma de tratamiento médico. Prestad atención para no causar enfermedad a ningún hombre. Y no causaréis herida a hombre alguno apresurándoos a cortar carne con instrumentos de hierro o cauterizando, sino que observaréis dos y tres veces y sólo entonces daréis consejo.

No dejéis que el espíritu de la altanería os haga levantar los ojos y el corazón. No descarguéis la venganza del odio en un hombre enfermo. Y no alteréis vuestras recetas para aquellos que odian a Dios nuestro Señor, sino mantened sus ordenanzas y mandamientos y marchad por sus caminos y así podréis encontrar benevolencia en Su mirada. Sed puros y creyentes y honrados.

Así instruyeron y mandaron Asaph y Pochanan a sus discípulos".

SOBRE EL PRINCIPIO DE LA MEDICINA⁷

(San Isidoro de Sevilla) - 632 -

1. Preguntan algunos por qué no se incluye la medicina entre las otras artes liberales. La respuesta es la siguiente: porque las artes liberales abordan en su estudio materias particulares, mientras la medicina abarca las de todas. En efecto, el médico debe conocer la gramática, para poder entender y exponer lo que lee.
2. Lo mismo cabe decir de la retórica, de modo que pueda delimitar con argumentos indiscutibles los casos que tiene entre manos. Otro tanto hay que afirmar de la dialéctica, que le permite mediante el raciocinio, profundizar en las causas que provocan las enfermedades y en los remedios aplicables para su curación. Necesita de la aritmética, por lo que se refiere al número de horas que duran los ataques febriles y la periodicidad que presentan.
3. Digamos lo mismo de la geometría, en cuanto a la índole de las regiones y zonas en las que señala qué es lo que cada uno debe observar. E incluso no debe ignorar la música, pues muchas son las enfermedades que, como puede leerse en los libros, han sido tratadas utilizando esta disciplina: así se lee de David, que liberó a Saúl del espíritu inmundo sirviéndose de la música. También el médico Asclepiadeas devolvió por ella a su anterior estado de salud a un enfermo atacado de locura.
4. Conocerá, en fin, también la astronomía, por la que se examina el movimiento de los astros y la evolución del tiempo. Pues, como sostiene algún médico, al par de las variaciones que se van presentando, nuestro cuerpo experimenta igualmente alteraciones.
5. De aquí que se considere a la medicina como una segunda filosofía. Una y otra ciencia reclama para sí al hombre entero; pues si por una se sana el alma, por la otra se cura el cuerpo.

⁷ San Isidoro de Sevilla, "Etimologías", IV, 13 (edición bilingüe preparada por José Oroz Reta, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1982). Citado por Mainetti, J. Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

PLEGARIA DEL MEDICO⁸

Maimónides (e/ 1165 y 1190)

"Dios Todopoderoso. Tú has creado el cuerpo humano con infinita sabiduría. Diez mil veces, diez mil órganos Tú has combinado en él, los cuales actúan sin cesar y armoniosamente para preservar él todo en su belleza -el cuerpo que es la envoltura del alma inmortal-. Siempre trabajan en perfecto orden, acuerdo y consentimiento. Sin embargo, cuando la fragilidad de la materia o el desenfrenamiento de las pasiones trastornan este orden o interrumpe este acuerdo, entonces fuerzas chocan y el cuerpo se desintegra en el prístino polvo del cual se hizo.

Tú has bendecido Tu tierra, Tus montañas y Tus ríos con sustancias curativas; éstas permiten a Tus criaturas aliviar sus sufrimientos y curar sus enfermedades. Tú has dotado al hombre con la sabiduría para aliviar el sufrimiento de su hermano, a reconocer sus desórdenes, a extraer las sustancias curativas, a descubrir sus fuerzas y prepararlas y aplicarlas como mejor sea posible en cada enfermedad. En Tu Eterna Providencia, Tú me has elegido para velar sobre la vida y la salud de Tus criaturas. Estoy ahora listo a dedicarme a los deberes de mi profesión. Apóyame, Dios Todopoderoso, en estas grandes labores para el beneficio de la humanidad, pues sin Tu ayuda ni la mínima cosa no tendrá éxito.

Inspírame con amor por mi arte y por Tus criaturas. No permitas que la sed de ganancias o que la ambición de gloria y admiración, hayan de interferir en la práctica de mi profesión, pues éstas son los enemigos de la verdad y del amor a la humanidad, y pueden descarriar en el noble deber de atender el bienestar de Tus criaturas. Sostén la fuerza de mi cuerpo y de mi espíritu a fin de que esté siempre dispuesto con ánimo a ayudar y a sostener al rico y al pobre, al bueno y al malo, al enemigo como al amigo. Has que en el que sufre, yo no vea más que al hombre. Ilumina mi mente para que reconozca lo que se presenta y para que sepa discernir lo que está ausente o escondido. Que no deje de ver lo que es visible, pero no permitas que me arrogue el poder de ver lo que no puede ser visto; pues delicados e infinitos son los límites del gran arte de preservar las vidas y la salud de Tus criaturas. No permitas que me distraiga. Que ningún pensamiento extraño desvíe mi atención de la cabecera del enfermo o altere mi mente en sus silenciosas labores, pues grandes y sagradas son las reflexiones requeridas para preservar las vidas de Tus criaturas.

¡Dios Todopoderoso! Tú me has elegido en Tu misericordia para velar sobre la vida y la muerte de Tus criaturas. Ahora estoy listo para practicar mi profesión. Ayúdame en este gran deber para que así se beneficie la humanidad, pues sin Tu ayuda ni lo más mínimo tendrá éxito".

⁸ Existen distintas versiones de la "Plegaria" de Maimónides. La que recogemos aquí corresponde con la de EEM y difiere de la que A. M. Mazi ofrece en la antología de Maimónides de la editorial Haáretz, ya que ésta prescinde de la alabanza divina introductoria. Citado por Mainetti, J. Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

CONFESION DEL MEDICO⁹

Maimónides (e/ 1165 y 1190)

"No cometáis el error de creer, al leer estos trabajos, que yo soy el indicado a quien debéis confiar el cuidado del cuerpo y el alma. Pongo por testigos al cielo y a la tierra de que soy consciente de mi imperfección en la medicina, y por lo tanto renuncio a atribuirme los méritos que me queréis otorgar. Sin embargo, de la misma manera como me conozco a mí mismo, conozco también a mis colegas; y tengo más confianza en mis conocimientos que en los de aquellas personas que se encuentran en inferioridad de condiciones respecto a mí.

Juro también que mi confesión no proviene del sentimiento de humildad, como aquellas personas que se quejan de su falta de conocimientos aún cuando se encuentran en la cima de la perfección, y siempre pretenden ascender más y más. No. Yo sólo confieso la verdad y la digo tal como es".

⁹ Esta "Confesión", publicada por Meir Orián en "Maimónides. Vida, pensamiento y obra" (trad. esp. de Zeev Zvi Rosenfeld en Riopiedras Ediciones, Barcelona, 1984); cierra el estudio "Sobre el asma" que Maimónides redactó para el sultán El-Alfadal, y en ella ofrece la versión más acabada sobre una "ética del saber médico" frente a las tradicionales, desde Hipócrates, éticas del "hacer" médico. Citado por Mainetti, J. *Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica* por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.

PRIMERA REGLAMENTACION DE LA TITULACION Y LA ENSEÑANZA MÉDICAS¹⁰

Federico II de Sicilia

Constitutiones regni Siciliae (1231)

Teniendo en cuenta la gran pérdida y el daño irreparable que puede venir de la impericia de los médicos, disponemos que, en adelante, ningún aspirante al título de médico se atreva a ejercer o a curar a no ser que, tras haber sido aprobado por un tribunal público de maestros de Salerno, se presente con documentos testimoniales de rectitud y de suficientes conocimientos, tanto de los maestros como de nuestras autoridades, ante nuestra presencia o, si estamos ausentes del reino, ante la presencia del que permanezca en el reino en nuestra representación, y consiga de Nos o de él licencia para ejercer la medicina. Los que se atrevan a ejercer desde ahora en contra de este edicto de Nuestra Serenidad incurrirán en la pena de confiscación de bienes y un año de cárcel.

Novae Constitutiones regni Siciliae (1240)

Como no se puede saber medicina si no se tienen antes algunos conocimientos de lógica, disponemos que nadie estudie medicina si previamente no ha cursado al menos tres años de lógica. Después de este trienio comience, si lo desea, a estudiar medicina. Y del mismo modo, que estudie cirugía, que es una parte de la medicina, a continuación del período indicado... Transcurridos cinco años (de estudio), no ejercerá la profesión sin haber practicado antes durante todo el año bajo el consejo de un médico experto. Durante el quinquenio citado, los maestros explicarán en las escuelas textos originales de Hipócrates y de Galeno, tanto de medicina teórica como práctica. Para favorecer la salud, disponemos también que no se permita ejercer a ningún cirujano si no presenta documentos de maestros que enseñen medicina, que testimonien que ha estudiado al menos un año la parte de la medicina relativa a las cuestiones quirúrgicas, y, sobre todo, que ha aprendido en las escuelas anatomía humana y que tiene buena preparación en esta parte de la medicina, sin la cual no se pueden realizar operaciones con provecho para el enfermo ni curar las heridas.

¹⁰ Según la versión que aparece en: López Piñero, JM. La Medicina en la Historia. La Esfera de los libros. Madrid, 2002.

CAUTELAS DE LOS MEDICOS¹¹

Arnau de Vilanova (XIII)

Médico, cuando seas llamado por un enfermo, pon tu confianza en el nombre del Señor. El Ángel Custodio acompañe interiormente el afecto de tu alma y la partida de tu cuerpo. Procura informarte desde el principio, por medio del que fue enviado a avisarte, hasta cuándo ha trabajado el enfermo y de qué modo le invadió la enfermedad, para que, inquiriendo los síntomas, te certifiques, a ser posible, de la naturaleza de la afección. Todo esto es necesario, porque después de haber visto la materia y la orina, así como la disposición del pulso, puede ocurrir que no conozcas la enfermedad; pero si relatas sus síntomas al enfermo, confiará en tí como en el autor de la salud. Por ello ha de ponerse todo el empeño en conocer los síntomas.

Cuando llegues a la casa, antes de acercarte al enfermo, entérate si ha confesado, y si no lo hizo, que se confiese enseguida, o que te prometa confesar cuanto antes. Esto no es ningún abuso, pues muchas enfermedades acaecen a causa de los pecados, y borradas las manchas con lágrimas de compunción, son curadas por el Supremo Médico; según aquello que se dice en el Evangelio: "Vete y no peques más, no vaya a sucederte algo peor".

Al entrar en la habitación del enfermo, no muestres rostro soberbio, ni ojos ávidos, y a los que se levantan y te saludan, tú, igualmente, con gesto humilde, devuélveles el saludo. Cuando hagan ademán de sentarse, siéntate también, vuelto hacia el enfermo; pregúntale cómo se encuentra y dile que saque el brazo. Lo que acabo de decir es necesario para que en todos tus modales tengas en cuenta la categoría de los que están presentes.

Y como tu fuerza vital está perturbada por el esfuerzo del camino y la del enfermo por la alegría de tu llegada, o porque, con avaricia, piensa ya en el precio que le has de pedir, tanto por culpa tuya como por culpa del enfermo el pulso se hace variable e impetuoso. Cuando haya cesado ese movimiento de los espíritus en una y otra parte, toma el pulso en el brazo izquierdo, pues aunque también podría hacerse en el derecho, sin embargo se percibe mejor el movimiento del corazón en el brazo izquierdo, a causa de su proximidad. Procura que el enfermo no esté acostado sobre el lado derecho, porque la compresión impediría el movimiento de los espíritus, y cuida de que no tenga los dedos extendidos ni tampoco el puño apretado. Y tú, mientras con la mano derecha oprimes con los dedos, con tu mano izquierda sostén el brazo, porque así percibirás con mayor sensibilidad y más fácilmente los diversos y varios movimientos del pulso, y porque el enfermo, por su debilidad, precisa el apoyo de tu brazo.

Debes considerar el pulso, por lo menos, hasta la centésima percusión, para que puedas darte cuenta de todos los detalles de la pulsación, y para que los circunstantes, pasada tan larga espera, reciban con deseo tus palabras.

Finalmente, ordena que traigan la orina, que si la alteración del pulso es señal de enfermedad, la orina significa mejor el género de la misma, y así podrás determinar y conocer la afección, no sólo por la orina, sino también por el pulso.

Examina despacio la orina, observa su color, sustancia y cantidad, así como su contenido, de cuyas variedades conocerás las diversas clases de enfermedades, como se enseña en el tratado de las orinas. Después, al enfermo, que está pendiente de tu boca, le prometerás la salud. Pero cuando te apartes de él, dirás a los parientes que el enfermo ha de padecer mucho. Pues así, si sale liberado del trance, obtendrás mayor crédito y alabanza, y si muere, testificarán sus amigos que ya habías desesperado de él.

¹¹ De "Historia y Filosofía médicas" -textos editados por JoséAlberto Mainetti- La Plata, Ediciones Quirón, 1980.

Una cosa te amonesto, y es que no mires con ojo malo ni concupiscente a sierva, hija o mujer-, que no caigas en los lazos de las mujeres. Pues tales cosas ciegan el ánimo del médico, le hacen gravoso al enfermo y éste tiene entonces menos confianza en él. Has de ser, por consiguiente, afable en las conversaciones, diligente y cuidadoso en las operaciones medicinales, esperando la ayuda del Señor, y en todo te has de conducir sin engaño.

Cuando fueras invitado a comer, no te entrometas inoportunamente, ni ocupes el primer lugar de la mesa, aunque suela reservarse este puesto para el sacerdote y el médico. No desprecies ninguna bebida, ni muestres enojo porque hayas de saciar tu estómago hambriento, al modo de los rústicos, con pan de mijo, al que no estabas acostumbrado. Pues si obras así, tu espíritu quedará tranquilo.

Aún cuando tu mente estuviera ocupada por la variedad de los manjares, procura informarte con frecuencia, por medio de alguno de los asistentes, del estado del paciente. Pues si así lo haces el enfermo tendrá mucha confianza en tí, pues verá que ni en medio de las delicias puedes olvidarle.

Cuando te levantes de la mesa y entres en el cuarto del enfermo, di que has sido atendido magníficamente, de lo que el paciente se alegrará mucho, pues habrá estado preocupado por ello.

Si fuera lugar o tiempo oportuno de dar alimento al enfermo, se lo darás tú mismo. Pero conviene que le señales el momento oportuno de las comidas. Esto es: en las fiebres intermitentes, cuando está en verdadera quietud; en las continuas, en el momento en que haya cierto reposo, el cual no se encuentra hasta la declinación crítica de la fiebre. En las intermitentes debe comer bastante antes del tiempo de la aflicción o del proceso febril, para que cuando llegue éste se encuentre el alimento totalmente digerido. De otro modo se enfrentaría la naturaleza con una doble lucha, incapaz de digerir la materia inoportunamente ingerida y sin poder superar la enfermedad enemiga.

En cambio, si la fiebre comienza a declinar, deja pasar dos horas, o por lo menos una, después de haber cesado la acción febril, pues los miembros están fatigados por la pasada batalla contra los ataques de aquel enemigo, y no se les debe imponer ninguna carga de alimento, ya que después del triunfo sobre el enemigo desean reposo.

ÉTICA MÉDICA¹²

Thornas Percival (1803)

A: E.C. Percival

Permíteme, mi hijo querido, ofrecerte este pequeño Manual de Ética Médica. Durante su composición, mis pensamientos se dirigían hacia tu difunto y excelente hermano, con el más tierno impulso de amor paternal: Mas ni una sola de las reglas morales fue forjada sin una secreta mirada puesta en su graduación; y un ansioso deseo de que pudiese influenciar su conducta futura.

A ti, que posees, no en menor grado, mi estima y devoción, que prosigues los mismos estudios y con los mismos objetivos, se transfieren naturalmente mis afanes. Y estoy persuadido de que estas consideraciones, unidas, operarán poderosa y permanentemente sobre tu ingeniosa mente.

Es característica de un hombre sabio de actuar de acuerdo a determinados principios; y de un hombre bueno el asegurarse que éstos sean correspondientes a la rectitud y a la virtud. Las relaciones en las que se encuentra un médico frente a sus pacientes, a sus hermanos y al público son complicadas y diversas, comprendiendo gran conocimiento de la naturaleza humana y muchas obligaciones morales. El estudio de la Etica profesional, por lo tanto, te ayudará a vigorizar y ampliar tu entendimiento; mientras que la observación de las obligaciones en ella implícitas, suavizarán tus modales, engrandecerá tus sentimientos y te formará con la propiedad y dignidad de conducta esenciales al carácter de un *caballero*. Las ventajas académicas que gozaste en Cambridge y las que tienes ahora en Edinburgh, te calificarán, confío, para una esfera de acción amplia y honorable. Y oro con devoción para que la bendición de Dios te asista en todas tus prácticas, poniéndolas al mismo tiempo al servicio de tu propia felicidad y al bien de tus semejantes.

Consciente de que comienzo a experimentar la presión del paso de los años, veo la presente publicación como la conclusión de mis labores profesionales. Puedo entonces con decoro reclamar el derecho de consagrártelas como legado paternal. Y siento cordial satisfacción al así testimoniar la estima y ternura con que, mientras subsista la vida, continuaré siendo,

Tu afectuoso amigo,

Thomas Percival

(Traducción al castellano de Liliana Barletta)

¹² Esta es la dedicatoria que hace Thomas Percival a su hijo del libro publicado con el título "Medical Ethics or a Code of Institutes and Precepts, adapted to the Professional Conduct of Physicians and Surgeons" (reimpreso en: "Percival's Medical Ethics"; edited by Chauncey D. Leake; RoberL E. Krieger Publishing Company, New York, 1975). Se trata de un "Manual" pero también de un "Código" de ética médica, y su influencia fue enorme sobre los códigos de ética de las diversas sociedades médicas norteamericanas así como en la elaboración del "Code of Ethics of the American Medical Association" (1847) y los "Principles of Medical Ethics of the American Medical Association" (1903 y 1912). Citado por Mainetti, J. Ética Médica. Introducción histórica, con Documentos de Deontología Médica por Tealdi, Juan Carlos. La Plata, Quirón, 1989.